

Viajar y contar

Mitos y leyendas populares



Viajar y contar

Mitos y leyendas
populares

Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación e Innovación

María Soledad Acuña

**Subsecretario de Planeamiento Educativo, Ciencia
y Tecnología**

Diego Javier Meiriño

Directora General de Planeamiento Educativo

María Constanza Ortiz

Subsecretario de Ciudad Inteligente y Tecnología Educativa

Santiago Andrés

Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa

Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

**Subsecretario de Carrera Docente y Formación
Técnica Profesional**

Javier Tarulla

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

Viajar y contar
Mitos y leyendas populares
Berta Vidal de Battini

Idea original, revisión y diseño de la Colección *Voces de ayer y de hoy*:
Equipo de Contenidos Digitales (DGPLEDU).

Selección, adaptación de textos y prólogo: Mario Lillo y Beatriz Ortiz
Colaboración: Marcos Alfonzo y Silvia Saucedo
Diseño gráfico: Alejandra Mosconi y Estudio Cerúleo
Foto de tapa: Getty Images
Ilustraciones: Susana Accorsi

Equipo editorial externo
Coordinación: Alexis B. Tellechea
Edición: Natalia Ribas
Diagramación: Estudio Cerúleo

ISBN: en trámite

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación e Innovación

Subsecretaría de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología
Dirección General de Planeamiento Educativo
Holmberg 2548/96, 2º piso. C1430DOV - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Índice

Introducción

¿Por qué leyendas y mitos?.....	7
Algunas aclaraciones sobre el material presentado.....	8
Biografía de Berta Vidal de Battini.....	9

Los relatos

La Madre Tierra	13
Pachamama	
El cazador de guanacos	

Metamorfosis	23
El Runauturunco o el tigre gente	
El hombre tigre o el Uturunco	
El ucumal	
La leyenda del cardón	
El tesoro del Pucará de Tilcara	

Entre fuego y piedras	37
El cerro Lanín	
La piedra del indio	
El cerro El Morro	

El camino del cielo y las mujeres celestiales	49
Las mujeres estrellas	
La Vía Láctea	
El cielo	
La luna llena, las estrellas y los ríos del cielo	

Glosario	59
Narradores	61
Bibliografía	63

Introducción

7

¿Por qué leyendas y mitos?

Las leyendas y los mitos son relatos que forman parte de la literatura folclórica, junto a otros subgéneros narrativos. Además de compartir esta pertenencia, tienen dos rasgos fundamentales en común:

- Muchos de los personajes que aparecen son los mismos, como los dioses, Saturno o Venus de la mitología greco-romana; Tokuj o Koosh, de los pueblos quom y tehuelche; o Loki y Thor de la mitología germana; semidioses, como Aquiles o Dharma, de la mitología hindú; razas o seres míticos, como los gigantes, los atlantes o el Minotauro.
- Expresan las creencias de un pueblo porque explican la cosmovisión de una sociedad: el origen del mundo, de los dioses, del hombre y de la mujer, de ciertos rituales, de los alimentos, etc. Son relatos religiosos y las personas tienen fe en ellos, por lo cual creen que lo que se cuenta es verdadero.

Así como hay rasgos en común, también hay diferencias. Una de las principales tiene que ver con su distinta finalidad: el mito pertenece al ámbito de lo sagrado de manera exclusiva y se transmite en espacios rituales, ya sea en los templos o ciertos lugares naturales, como los bosques en la religión druídica, y en textos sagrados, como la Biblia, la Torah o el Corán. Por su parte, la leyenda puede

ser transmitida en contextos profanos, como reuniones familiares, sobremesas, etc., y se asocia asimismo con el entretenimiento.

El universo del mito se acerca a nuestro mundo a través de la leyenda, habita nuestros hogares, la escuela y otros lugares de reunión y está presente en algunas de nuestras costumbres. En este sentido se pueden señalar las celebraciones de las quinceañeras, que se visten con un atuendo particular, inauguran el baile en la fiesta y realizan la ceremonia de las velas alrededor de la torta de cumpleaños, recordando los ritos de iniciación y pasaje de la niñez a la adultez. También se reconocen paisajes y los personajes míticos se encuentran con personajes históricos y con hombres y mujeres comunes. El título de la obra de Berta Vidal de Battini, *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*, omite el término mito, aunque este tipo de relatos se incluye en su obra en la voz de narradores populares y lejos de espacios ritualizados.

Algunas aclaraciones sobre el material presentado

Para redactar esta obra que refleja las voces de los narradores orales de nuestro país, se ha optado por una estructura de relato enmarcado (un relato que se presenta dentro de otro mayor), donde el viaje de los protagonistas Flor y Juan y sus encuentros con diversos personajes permiten enlazar las distintas historias que van apareciendo y que han sido seleccionadas de la recopilación realizada por Berta Vidal de Battini.

Esta técnica literaria, que tiene una larga tradición en la historia de la literatura occidental, nos permite:

- reactualizar los relatos citados, al ponerlos en boca de personajes contemporáneos de Juan y Flor;
- conservar algunos rasgos de la oralidad original, ya que la obra de Berta Vidal de Battini registra las narraciones desde la oralidad pura, lo que muchas veces dificulta su lectura.

El límite en la reescritura es el respeto por el sentido original del texto, que no puede ser tergiversado porque es lo que permite que el relato siga teniendo vigencia y refleje las creencias de los que narran y de los que escuchan.

Al seleccionar el material, se incluyó la descripción de un personaje mítico como la Pachamama y de un personaje legendario como el tigre gente, para ofrecer a continuación una leyenda donde se los ve como protagonistas. De este modo, se muestra la vitalidad y la actualidad de sus figuras.

La obra está dividida en cuatro partes:

- La Madre Tierra;
- Metamorfosis;
- Entre fuego y piedras;
- El camino del cielo y las mujeres celestiales.

En cada una de ellas se presentan los relatos originales de Berta Vidal de Battini. Para que la lectura sea más fluida, se han transcritos en cursiva y sin los títulos que figuran en el índice. Además, se incluye material folclórico complementario extraído de otras fuentes que se detallan en la bibliografía.

Al final de la obra, se ha incorporado un glosario para aclarar ciertos regionalismos y giros que nos pareció interesante conservar, a fin de no perder, como ya se dijo, la frescura de la oralidad. Los términos que allí aparecen están indicados en el texto con un asterisco a continuación de la palabra. Como cierre, se ofrece una bibliografía de consulta.

Biografía de Berta Vidal de Battini

Berta Vidal de Battini (1900-1984) fue una investigadora argentina que recorrió buena parte del país en busca de cuentos y leyendas. Anduvo por valles y montañas, por la jungla, por la pampa y el desierto; entró en casas, visitó fiestas y se arrojó a los fogones a escuchar de primera mano las historias que hombres y mujeres contaban cuando hacían un alto en el trabajo.

Berta estudió Filología y Literatura en la Universidad de Buenos Aires. Allí, acompañada por grandes maestros, se inició en el trabajo con el folclore: la ciencia que estudia las diferentes maneras en las que los pueblos expresan su cultura y sus saberes. Su primera experiencia en este campo fue una investigación sobre el habla de los campesinos de la provincia de San Luis, su tierra natal.

Fue docente, investigadora y durante varios años trabajó como inspectora en el Consejo Nacional de Educación. Estuvo en contacto con maestros de escuelas de todas las provincias y realizó varias encuestas nacionales para conocer mejor sus realidades. A partir de estas encuestas, pudo notar que todos los niños y los adultos del país conocían cuentos, no de los que estaban escritos en libros, sino de aquellos que todavía circulaban de manera oral entre bocas y orejas, entre cuenteros y escuchantes.

Con el apoyo del Consejo Nacional de Educación y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Berta decidió salir a buscar estas historias al territorio. Entre los años 1931 y 1978, viajó por muchos lugares entrevistando a campesinos, ancianos, niños, maestros, y a todo aquel que tuviera algún cuento para contar. Con mucha paciencia, grabó, transcribió y clasificó más de tres mil narraciones que se publicaron en diez tomos bajo el título *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*.

Esta obra es la compilación de relatos populares más importante que se hizo en nuestro país. Allí podemos encontrar cientos de tesoros y rarezas, desde versiones criollas de cuentos folclóricos hasta relatos únicos en su tipo publicados por primera vez.

Se trata de un testimonio doble: prueba, por un lado, de la riqueza y la diversidad de la narrativa de nuestros pueblos; evidencia, por el otro, del compromiso incansable de su autora con la cultura popular argentina.

Además de esta obra, escribió otros libros: algunos literarios, como su volumen de poemas *Alas* (1924); *Mitos sanluisenses* (1925);

Campo y soledad (1937); y otros de investigación: *Voces marinas en el habla rural de San Luis* (1949) y *El habla rural de San Luis* (1949); *La narrativa popular de la Argentina*. *Leyendas de plantas* (1972), entre otros.

También recibió numerosos premios y reconocimientos, como el 1º Premio Poesía del Congreso de Artes e Industrias de San Luis, 1946; la Beca de la Comisión de Cultura, 1957; el 2º Premio de la Comisión Nacional de Cultura por su libro *El habla rural de San Luis*, 1969; el 1º Premio Wallance del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1960; la Condecoración de la Prefectura de Distrito Federal, Brasil, por la labor folclórica realizada; la Condecoración de la Asociación Cultural Sanmartiniana de San Luis por su obra literaria y científica, entre los más destacados.



La Madre Tierra

Por primera vez, no tenían materias pendientes para el llamado a exámenes de marzo. Flor y Juan, amigos y compañeros desde la primaria, habían planeado su primer viaje solos, con la compañía de sus mochilas y muchas ganas de pasarla bien. El inicio del viaje era en febrero, así que lo iban a poder hacer.

La abuela de Flor los esperaba el 1° de febrero en Tucumán, y de ahí tenían que ver cómo llegar a Jujuy: el destino era el Carnaval en la Puna.

—¿Hay lugar en lo de tu abuela? —Juan estaba nervioso por el viaje y preguntaba lo que ya sabía.

—Sí, hay lugar y tenemos los pasajes. Hay que hacer las mochilas y listo; salimos en tres días.

Así fue como, después de idas y vueltas, muchas corridas y compras de último momento, las dos familias se encontraron en Retiro para despedir a los chicos y el ómnibus partió rumbo a Tucumán, primera parada del viaje.

Luego de doce horas, llegaron a San Miguel de Tucumán y se encontraron con Lucía, la abuela de Flor, que los recibió contentísima:

—¡Florcita! ¡Qué alegría que estés acá! ¡Te extrañé tanto! —La llenó de besos y abrazos, y después saludó a Juan con una gran sonrisa y un anuncio—: Esta noche, en honor a su llegada, organicé un gran asado.

—¡Qué rico! ¿Y unas empanadas?

—Por supuesto, esta noche hay fiesta.



Esa tarde, mientras los chicos paseaban por el parque 9 de Julio, se preparaba todo en la casa. Al anochecer, llegaron los invitados con ganas de comer, tocar la guitarra, bailar zambas y chacareras, divertirse y pasarla bien.

En un momento de la noche, los chicos vieron a uno de los invitados hacer un pozo en una esquina del jardín y tirar un chorrito de vino. Se acercaron y le preguntaron qué estaba haciendo:

—Una ofrenda para la Pachamama, hay que compartir con ella cuando hay fiestas.

Ante la mirada de incompreensión de los chicos, el invitado sonrió y les dijo:

—Me parece que no entienden mucho de esto, les cuento:

La Pachamama es la que nos da de comer a todos. Ella es la que cuida y multiplica la hacienda. Por eso, los hacendados¹ compran alcohol, cigarros y principalmente coca, y de todo le ponen algo. No sabemos cómo es. No aparece en ningún caso. Nadie la ha visto. Es la tierra, claro. Cuando hacen la señalada, ponen los pedacitos de orejas de las ovejas y las llamas en un tachito y lo entierran. Es para que la Pachamama multiplique la hacienda. Encima echan piedritas blancas, una piedrita por cada animalito. La Pachamama está en los cerros y también en las ciudades, por eso la alimento, para que no se enoje y se acuerde bien de nosotros.*

En ese momento, Lucía los llamó a la mesa y comenzó la cena. Tanto Flor como Juan se sintieron inmediatamente cómodos y, mientras las fuentes con empanadas iban de un lado a otro, uno de los presentes, que sabía de su intención de llegar al Carnaval en la Puna, les preguntó:

¹ Las ofrendas a la Pachamama se pueden hacer a título personal, para mostrar respeto y pedir protección, o como dueño de una casa, ganado o tierras, para obtener los mismos resultados sobre estos bienes. De ahí la alusión a los hacendados.

—¿En Buenos Aires no se festeja el carnaval?

—Sí, en cada barrio hay un corso, cortan avenidas para que puedan pasar las comparsas y las murgas, se tira espuma; los vecinos salimos a la calle y vemos los distintos trajes, escuchamos las canciones... Pero este año nos hablaron del Carnaval de la Puna y nos pareció que estaba bueno venir a conocer —explicó Juan.

Después de esta aclaración, todos empezaron a comentarles los momentos que no podían perderse y sus propias experiencias de cuando habían viajado para el Norte.

Al finalizar la cena, comenzó la celebración y todos participaron cantando y bailando. Incluso los recién llegados se sumaron haciendo percusión en la mesa e intentando algunos pasos básicos para bailar zamba.

Con el transcurso de las horas, lentamente se fueron yendo los invitados, hasta que quedaron solo los chicos con Lucía en la gran cocina, lavando los platos, las fuentes, los vasos, tomando mate y charlando de Buenos Aires, de la escuela y de la oportunidad de recorrer el país. Entonces, la dueña de casa se sentó en una de las sillas que estaba junto a la mesa y les pidió que la acompañaran. Allí les dijo:

—Cuando empezó el festejo, vi que se interesaban por la pequeña ofrenda que hizo mi amigo a la Pachamama. Acá en el Norte es muy importante todo lo relacionado con ella; incluso durante el carnaval, la Madre Tierra juega un papel protagónico, ya lo van a ver durante los festejos... Ahora quiero contarles una historia de la Pachamama, que escuché cuando era chica. En esa época vivía en una chacra, y todos los jueves a la noche en mi casa había reunión; los vecinos venían a comer empanadas y contaban historias, y esta es una de las más bonitas:

Bueno, ahora les voy a contar del cazador de guanacos, un caso notable pasado en estas serranías que bordean a San Miguel. Un señor Arzumendi, muy buen tirador, iba al cerro y llevaba su winchester y volteaba a tropas íntegras de guanacos. Ya la gente del barrio, cuando

sabía que él iba a salir, se acercaba con burros aparejados para tener las achuras.

Hasta que un día este señor, nacido y criado en los cerros, dueño de campos y de serranías, había ido con su winchester cargado, había visto a los guanacos y ha visto que en una fila estaba un relincho, que es el guanaco que protege y guía a la tropa, pero era blanco en vez de marrón.

Se había arrimado cerca y le había hecho un disparo; el guanaco pegó un salto y cayó. Pero cuando el hombre se acercó más, lo vio como a cincuenta metros tumbado, y al acercarse nuevamente, el guanaco se levantó y salió corriendo. Él le tiró otro tiro, y otro, y nada, el guanaco se fue. Figúrense, un hombre que nunca había errado un tiro. Hasta que acabó las ocho balas que había llevado. Y el guanaco se iba y se iba... Ya de blanco, iba rojo de sangre. Y no caía. Y se iba.

—¿Qué es esto?

Al darse la vuelta, el cazador se encontró en una serranía desconocida. En unos cardonales inmensos, en unas peñas que nunca había visto.

—¿En dónde estoy? —Desorientado, no conocía y nunca había visto esos cerros.

Se le hizo la noche, se acomodó en un hueco, y ya no durmió pensando en qué había pasado.

Al otro día, al alba, vio, a lo lejos, un ranchito. Y a un gaucho, bien pequeño, que salía de allí. El cazador se enderezó y gritó para llamarlo. Del rancho salió una señora con un vestido de lana de cabra largo y un bolsillo grande en el frente. Se arrimó al cazador y le dijo:

—¿Qué hace, don Isidoro?

—Bueno, aquí estoy, perdido. —El hacendado pensó que la de la mujer era una voz conocida.

—No está perdido, ahí cerquita de usted es la falda, vaya por ahí, nomás.

Entonces, el cazador miró y ya el despeñadero se había convertido en una falda transitada por cabras, ovejas y otros animales. Comenzó a caminar y la mujer le preguntó:

—¿Qué le ha pasado?



—Aquí se me ha hecho la noche y me perdí —dijo.

—Vamos para el rancho —lo invitó la mujer.

El hombre estaba asombrado porque la vieja le hablaba como si lo conociera de años, y él también la conocía, pero no podía ubicar quién era.

En el rancho, lo convidó con un churrasco de guanaco gordo. Comieron y después lo convidó con un poquito de coca:

—Le voy a convidar una vez, por tantas que usted me ha convidado.

Entonces, en un momento, la mujer se sinceró y le dijo:

—¿Y por qué me mata tanto la hacienda?... Venga a verla.

Lo condujo a la parte de atrás de la casa. Allí había unos vados y pastizales; además, una cocina grande con un fuego en el medio. Cerquita había guanaquitos, unos quebraditos, entablillados, bien quemados por las brasas, otros andaban, ya comían el verdecito, otros más grandes.

—¡Vea lo que me hace! —le dijo la mujer—. ¿No ve cómo me mata indiscriminadamente a los guanacos madres? Mire, yo lo traigo para acá, para mostrarle. No lo despené porque usted ha sido bueno conmigo. Toda la vida que ha salido, me ha convidado un poquito de coca. Por eso no lo maté.

El hombre comenzó a comprender lo que estaba pasando y un temblor de miedo y respeto lo invadió. La mujer continuó:

—Le voy a pedir que cuando quiera matar y vea a la tropa, elija hembras blancas, esas son las horras*. De esas, mate una y lleve para comer. Siempre venga solo a los cerros, porque si viene con alguien, no va a volver —dijo—. Ahora váyase.

Al finalizar su relato, Lucía les contó que su padre, don Alfonso García Otero, siempre les decía a ella y a sus hermanos:

Todo criollo que se precie tiene que tener una creencia ferviente en la Pachamama. Ella es la dueña de los animales. Yo he ido muchas más veces a cazar en la cordillera. He andado por los más altos cerros de acá, de Belén. Toda la vida, al salir uno, tiene que hacer un hoyito en el campo



e hincarse con la frente para el lado del Inca, en Bolivia, porque ahí es de ella. Le echa la coca, el bicarbonato, los tapa, y, sacándose el sombrero, tiene que hacer tres venias y decir: “Madrecita, Pachamama, dame un guanaquito. Más no. Dame un guanaquito para llevarles a mis hijitos”.

—¿Así que mi bisabuelo creía en la Pachamama y le hacía ofrendas? —preguntó Flor, asombrada.

—Claro, y yo también la respeto y me acuerdo siempre de alimentarla —respondió la abuela.

Como ya era tarde, la dueña de casa les deseó buenas noches y se fue a dormir. Cuando los chicos se quedaron solos, comentaron la historia del cazador, y Flor, antes de darle las buenas noches a su amigo, le dijo:

—A mi abuela siempre le gustó contarnos cuentos, pero me parece que las historias de esta noche son distintas; las escuchó de chica y ahora creo que nos las contó a nosotros para que entendamos cómo se puede cuidar la naturaleza.

Al otro día partían rumbo a Tilcara, el carnaval los estaba esperando; durante cinco días lo iban a disfrutar y, en el último, iban a enterrarlo junto a todos los que estuvieran allí.

Antes de salir, Lucía les dio la dirección de sus amigos en Tilcara, un termo con agua caliente, dos vasos de plástico y sobrecitos de té de coca, con la siguiente recomendación:

—El agua es para hacer té de coca por si se apunan. Tilcara está a más de 2.000 metros de altura y el tecito los ayuda a no marearse. Denles mis saludos a Amparo y Antonio, y si les queda un rato libre, visiten el Pucará de Tilcara, no se van a arrepentir.

—Dale, abu, y acordate de que cuando termine el carnaval, vuelvo a pasar unos días con vos. —Flor se despidió con un beso y Juan le adelantó que él no volvía porque partía rumbo al sur.

Metamorfosis

Al llegar a la casa de los amigos de la abuela de Flor, dejaron las mochilas y salieron a sumarse en las calles al público que asistía a las comparsas y visitaba las carpas donde los copleros cantaban y tiraba harina, papel picado y agua como parte de la fiesta.

Cuando se hacía de noche, en cada casa se celebraba un baile que duraba hasta la madrugada, y allá fueron Juan y Flor a visitar vecinos, junto con la familia que los hospedaba.

Pasaron días llenos de color, risas y bagualas, hasta que llegó el ritual del entierro: Pujllay, el diablo, debía volver a su pozo hasta el año siguiente. Junto con muchos vecinos, fueron al borde del pozo de donde lo habían desenterrado para iniciar los festejos hacía quince días y, al terminar la ceremonia, mientras la gente se iba, Flor y Juan se quedaron sacando fotos con el celular.

Esa noche, se sentía un aire melancólico, como siempre que termina una gran fiesta. Don Antonio, el dueño de casa, se sentó en la cocina y les dijo:

—Les voy a contar una historia para divertirlos, porque tienen mala cara... ¿Saben qué es un runauturunco?

Los chicos se miraron extrañados y contestaron al unísono que no.

Bueno... Dicen que el runauturunco era un hombre que había comprado al Malo el arte de transformarse en tigre, teniendo para eso preparado un cuero de tigre, como le dicen, muy grande. Cuando ya quería hacerse el animal, salía solo. Y se escondía, para que naide lo vea. Y diciendo unas palabras, ponía el cuero en el suelo. Y se daba una*

vuelta para el lado de la mano izquierda, y ya se paraba hecho tigre. Y salía bramando y haciendo asustar a la gente; cuando lo veían, como le dicen, huían perdiendo todo lo que llevaban, de miedo, porque el animal era muy fiero, grande, y los ojos tenía como dos lámparas que alumbraban muy lejos. Aunque dicen que no hacía más que asustar, porque no comía a naide. Cuando ya quería volverse gente, dicen que se tiraba en el suelo, y que se daba vuelta sobre la otra mano. Y en diciendo unas palabras, se le salía el cuero y quedaba, como le dicen, por su arte otra vez gente, y que, como siempre, era un hombre bueno, que tenía muchos amigos y no hacía mal ninguno.

—¡Ehhh! Don Antonio nos está tomando el pelo, me parece que esto del runauturunco se lo inventó —le dijo Flor a Juan, mientras él comía una torta frita y miraba a don Antonio con escepticismo.

—¿Cómo que no me creen? Para que vean que es verdad, hace unos años, recibimos a dos amigos que nos dijeron lo que les había pasado en los cerros hacía unos días nomás. Les cuento:

Iban de viaje con un amigo, los tres eran compradores de hacienda. Y llegaron a un lugar adonde decidieron hacer campamento. Entonces, le dice uno al otro, mientras estaban tomando mate a la orilla del fuego:

—Che, ¿qué haríamos si saliera el tigre-uturunco?

Y que dice otro:

—Aquí, entre los tres, lo tendríamos que matar, qué vamos a hacer.

Y el otro que dice:

—Yo le tiraré con la pava de agua caliente y los tizones del fuego.

—Lo tenemos que matar nomás —volvió a decir el segundo, que era uno de mis amigos.

Bueno, dejaron de matear y se pusieron a preparar las camas. Y en eso se fue uno, como si fuera a ver los animales que ahí cerca pastaban.

Y ese tenía el arte de hacerse el tigre. Se hizo el tigre y se vino adonde estaban los otros. Pegó un bramido y encaró. Y ahí nomás los dos compañeros cayeron desmayados. Se olvidaron de lo que dijeron que iban a hacer. Y entonces él se volvió y se hizo hombre, y vino adonde estaban los otros. Y los encontró desmayados. Y cuando se pusieron bien, les preguntó qué les había pasado. Al principio, no podían hablar, y al fin han dicho que ha venido el tigre-uturunco. Y entonces él les avisó que era él, que les había hecho una broma.

En ese momento, don Antonio los miró y cerró la historia diciendo:

*Entra por un zapato roto
para que usted me cuente otro.*

Los dos chicos largaron una carcajada... Don Antonio los observó fijamente, y a Flor le pareció que los ojos del hombre tenían el brillo y la forma de los de un gato... ¿o de un tigre?

En ese momento, se sintieron unos pasos que se acercaban adonde estaban los chicos y don Antonio. Era Amparo, su esposa, que se sentó y se dispuso a hablar:

—Así que mi esposo les contó la historia del runaturunco, ¿a qué no saben que también hay mujeres tigras?

—No, no sabíamos, y tampoco sabíamos que en la Argentina hay tigres. A nosotros nos enseñaron que hay jaguares y pumas, pero los tigres son de Asia —le contestó Juan, divertido con la intervención de la mujer.

—Es cierto, creo que hay muchos en la India, ¿no? —dijo Flor.

—Puede ser, acá lo que pasa es que cuando llegaron los españoles, en vez de aprender el nombre de los bichos, al jaguar, por las manchas, lo llamaron tigre, y al puma, por el color, lo llamaron león, y la gente de acá también empezó a llamarlos de las dos formas, al uturunco, tigre.



—Y entonces, ¿qué historia es esa de la mujer tigre?

—Esta historia también la contaron acá en el patio de casa, mientras comíamos un asado con unos amigos, pero si les gustan las historias de gente que se transforma en animales, yo tenía una amiga maestra que trabajaba en una escuelita rural en la Quebrada y los fines de semana solía bajar a Tilcara y venía a visitarnos. Cada tanto contaba las historias de los paisanos y solía contar la del ucumar.

—¿Es como un hombre lobo? ¿Se transforma con luna llena una vez por mes? —preguntó Juan.

—No, no, es un hombre oso, déjenme contarles el relato de mi amiga y lo que decía sobre esta criatura. Aseguraba que la gente de ese lugar la narraba así:

Dicen que años anteriores, hará mucho, pero no tantos que no olvidan detalles, se encontró muy cerca de las casas, en un arroyo seco, que da a una quebrada entre dos cerros altos, quebrada estrecha, honda, un rastro de pies de oso, sin duda, pero grande, lo que haría creer en un hombre oso.

Se oían gritos en lo alto de los cerros unas que otras noches, gritos que algunas dicen oír hasta el presente cuando el viento es favorable. Luego, esta creencia se vio reforzada con otra que circuló.

Un hombre había andado por el campo, como llaman, campeando, esto es, en medio de montes y cerros altísimos buscando animales. Dicen que se arrimó a la orilla del arroyo a beber y sintió ladrar a los perros que lo acompañaban, cuando vio un ser semejante a un hombre con los cabellos largos que le cubrían la cara, que se los levantaba para arriba como para ver. El hombre lo enlazó y montó a caballo, pero el personaje enlazado empezó a tirar del lazo de tal manera y con tanta fuerza que el hombre, sintiéndose perdido, sacó el cuchillo y lo cortó. El oso, que diremos así, lo persiguió mucho trecho, llegando nuestro perseguido a las casas sin aliento y sin los recaos de la montura, que en su huida desesperada había perdido.*



Otra vez los perros habían rodeado a otro como este, pero que no disparaba sino que sentado se defendía de los perros que lo rodeaban. Presentaba, según quien aseguraba haberlo visto, el aspecto de un hombre peludo de cabellos largos. Propiamente, un ucumar.

—¿Un hombre oso? Nunca escuché hablar de algo así. Flor, ¿vos sabés algo de un hombre que se transforma en oso?

—Pero la amiga de Amparo no dijo que era un hombre que se transformaba, dijo que era un hombre oso, ¿no es cierto, Amparo?

—Es un ucumar, un hombre oso. En los cerros y en las quebradas hay cosas misteriosas —le contestó la mujer.

—Me parece que cuando leí *El Hobbit* de Tolkien también había un personaje que era un hombre oso... Miren si hay hombres osos en muchos lugares del mundo. ¿Qué piensan?

—Yo pienso que se ha hecho muy tarde y mañana hay que madrugar para ir a la estación de ómnibus, así que mejor nos vamos a dormir, ¿qué les parece? —cerró la reunión don Antonio. Todos se fueron a la cama.

Al otro día, los dos chicos, mientras desayunaban, comenzaron a diseñar la última etapa del viaje. Después de un rato de conversar, Flor le dijo a su amigo:

—Tengo muchas ganas de ir a ver a mi prima que vive en Corrientes... Primero paso por lo de mi abuela unos días y después voy para allá; hace mucho que no la veo y ella me invita todo el tiempo. Como nos quedan quince días, puedo ir a los dos lugares, saco los pasajes en ómnibus y listo.

—Dale, entonces yo me voy a ir a visitar a mi hermana Teresa a Neuquén.

Esa misma mañana fueron a la terminal a sacar los boletos y después, como les quedaba todo el día libre, decidieron ir a conocer el Pucará.

—Flor, antes de ir, ¿por qué no lo googleamos*? Así sabemos algo sobre el lugar.

—Señal tengo... Mmmm... Hay un montón de información, te leo: “Es un sitio arqueológico formado por numerosas construcciones realizadas por los indígenas tilcaras, una parcialidad de los omaguacas”.

—¿Los omaguacas? De ahí debe venir Humahuaca, ¿no? Yo siempre pensé que acá vivían los diaguitas y ahora me entero de que había otros pueblos —interrumpió Juan.

—Sigo leyendo: “Ubicado en un punto estratégico sobre la Quebrada de Humahuaca. Se encuentra sobre un morro de 80 metros de altura, junto a la confluencia del río Huasamayo y el río Grande. Fue un lugar ideal para defenderse de los ataques...”.

—¿De quiénes? ¿Quiénes los atacaban, los españoles o antes se peleaban entre ellos?

—Acá dice que se construyó hace 1200 años más o menos y los españoles llegaron después, se debían pelear entre ellos... Bueno, a ver, dejame terminar de leer: “Los pucará no solo tenían fines defensivos, sino también sociales y religiosos. El de Tilcara fue descubierto por el etnógrafo Juan Bautista Ambrosetti en 1908 y se hizo famoso en Latinoamérica porque Soda Stereo grabó el videoclip de su canción ‘Cuando pase el temblor’”.

—Me parece que conozco el tema, buscá el video y lo vemos —pidió Juan. Mientras lo miraban, se acordaron de la letra y empezaron a cantar:

Yo caminaré entre las piedras
Hasta sentir el temblor, en mis piernas.
A veces tengo temor, lo sé,
A veces, vergüenza.
Oh oh oh...

—¿Vamos? —propuso Flor.

—Vamos —le contestó Juan.

Caminaron por las callecitas de Tilcara, cantando de a ratos la canción de Soda, y al llegar al Pucará, se sumaron a una visita guiada que empezaba en ese momento.

Treparon el cerro, mientras el guía les mostraba los lugares que funcionaban como depósitos de cereales, los cimientos de las casas de los campesinos, los lugares donde habitaban los nobles y los religiosos, hasta llegar a los sitios donde se apostaban los vigías en lo más alto, mirando el horizonte en busca de enemigos.

Cuando bajaron, la gente del grupo comenzó a recorrer el jardín botánico que se encuentra en la base del cerro. Juan y Flor se quedaron admirando un cardón gigantesco; al verlos, el guía se acercó a ellos y les comentó:

—Según lo que dicen, este cardón tiene 150 años.

—¿Tantos? ¿Y cómo te das cuenta? —preguntó Flor.

—Según lo que dicen, cada cincuenta años, al cardón le sale un brazo. Este tiene tres brazos, así que tiene 150.

—¿Y qué más se dice? —preguntó Juan, divertido con la forma de hablar del guía.

—Que su nombre científico es *Echinopsis atacamensis*, que cuando florece tiene unas flores blancas increíbles, que su madera sirve para hacer muebles pequeños y objetos de decoración, y se dicen muchas historias sobre su origen, sé unas cuantas, pero hay una que es mi preferida —contestó el guía.

Los chicos se acomodaron en un banco y Flor le pidió que la contara. El guía se sentó junto a ellos y empezó la historia.

—Lo que dicen es que...

Hace mucho, mucho tiempo, en este lugar hubo un diluvio. En ese momento, acá vivían los primeros pobladores, que fueron los que se transformaron en cardones.

Lo que pasó fue que esos hombres y mujeres se asustaron con la llegada del agua, y para salvarse se enterraron con todo lo que tenían: platos, vasos de boca ancha y de boca angosta, ropa y comida, y se

metieron en pozos que cavaron en la tierra. Después del diluvio, algunos lograron salir y otros, no. Como prueba de esta transformación, se dice que están los cementerios prehispánicos, que se encuentran por los mismos lugares que hay cardones, donde están los cuerpos de los que no pudieron salir, rodeados de sus cosas. Los que no lograron enterrarse a tiempo se transformaron en cardones, y los brazos que les crecen, dicen que son los hijitos.

—¿Un diluvio? ¿Acá hubo un diluvio? Pero si está todo seco, ¿qué pasó con el agua? —preguntó Flor.

—Como pasó hace mucho tiempo, calculo que se habrá secado, evaporado, no hay más —reflexionó Juan.

—Bueno, igualmente es solo lo que se dice —aclaró nuevamente el guía.

—La verdad es que la historia es muy interesante, pero hablar de agua me dio sed, y me hizo acordar de que también tengo hambre y que hace varias horas que estamos caminando. ¿Qué tal si vamos a comer? —propuso Juan.

—Yo tengo que seguir trabajando, les agradezco la invitación y ojalá terminen bien el viaje.

—Gracias por todo lo que nos explicaste, por la historia y por los buenos deseos —se despidió Flor, y junto con su amigo se fueron a un puesto de comida que estaba a la salida para comer unos tamales.

Volvieron a la casa donde estaban parando y escucharon voces en el patio. Saludaron y oyeron a Amparo que los invitaba con unos mates.

—¿De dónde vienen? —preguntó la mujer mientras les ofrecía una bandeja con pastelitos.

—Del Pucará. Hicimos la visita guiada y aprendimos un montón de cosas, y para cerrar el guía nos contó una historia sobre cómo aparecieron los cardones.

—¿En serio? Me encantaría escucharla —dijo don Antonio.

Entonces, los dos amigos la relataron interrumpiéndose y agregando datos, y riéndose uno del otro hasta llegar al final.

—¿Saben? Me encanta escuchar y contar historias... y me acabo de acordar de que, cuando era chico, iba muy seguido al Pucará con un grupo de amigos. Como éramos de Tilcara y nos conocían, entrábamos gratis al lugar y nos pasábamos tardes enteras buscando entre las piedras un tesoro...

—¿Un tesoro? Qué bárbaro, siempre quise buscar un tesoro. ¿Cómo sabían que había un tesoro? —preguntó Juan, entusiasmado.

—Y... fue todo por una historia, una leyenda que nos contó un hijo del cuidador del lugar. En esa época nos dijo:

Ande hay plata enterrada, se ve un fuego en la noche de San Juan. Se ve una gran luz. La gente que la puede ver va y cava para desenterrarla. Pero poca gente puede ver eso. También suenan campanas ande hay plata. Pero no las pueden oír todos a esas campanas. Eso es para nosotros, los que vivimos aquí; no las puede oír si es de otro lado. No lo va a poder resistir. En el Pucará de Tilcara hay plata enterrada en dos tinajas. Yo he oído veinticuatro campanas el sábado de carnaval, a medianoche. Es un sonido que hace temblar, que hace estremecer. Muy poca gente puede oír; no resisten oír esas campanas. Eso es misterio. Aquí en Tilcara, han oído las campanas del Pucará varias personas, entre ellas, don Lucas, la noche de San Juan. Yo me puse a temblar cuando oí esas campanas.*

—Imagínense: terminamos de oírlo y empezamos a planear la búsqueda del tesoro. Durante muchas tardes, fuimos al Pucará y mirábamos por todos lados; a la noche, estábamos atentos a escuchar las campanadas y nada. Al final, nos dimos por vencidos y dejamos de buscar, pero durante un tiempo estuvimos convencidos de que lo íbamos a encontrar y de que íbamos a hacernos ricos con las monedas de oro.

—Podrías volver a buscarlo. Nos vendría bien un tesoro, y ahora que estás jubilado tenés mucho tiempo libre —le dijo Amparo con una sonrisa.

—Y por ahí, quién te dice, Amparito, llamo a mis amigos y vuelvo a la búsqueda del tesoro.

—Nosotros podríamos venir el año que viene y lo ayudamos —le propuso Flor.

—Nos gustaría mucho que vuelvan, habrán visto que lugar en la casa hay y la ayuda siempre se agradece.

Con esa invitación y la idea de un tesoro escondido en la cabeza, los chicos fueron a ordenar las mochilas para el viaje que iban a continuar, esta vez tomando caminos distintos.

Al otro día, se despidieron de don Antonio y su mujer, quienes le regalaron a cada uno una bolsita llena de chipás calentitos para que comieran durante el viaje. Flor y Juan se comprometieron a encontrarse en Buenos Aires a los quince días.





Entre fuegos
y piedras

Juan pasó todo el viaje escuchando música con su celular y por fin llegó a Junín de los Andes. El encuentro con su hermana después de tres años sin verse fue emocionante. Charlaron toda la tarde poniéndose al día y finalmente Tere le dijo:

—Te organicé un paseo bárbaro para mañana, te va a encantar.

—¿A dónde?

—Prefiero que sea una sorpresa. Tengo un amigo, Federico, que es guardaparque y organiza excursiones para gente conocida.

Entre la intriga que le causaba la propuesta de su hermana y el cansancio del viaje, Juan se fue a dormir temprano, porque al otro día iba a madrugar.

Al día siguiente, Federico lo pasó a buscar con el jeep del parque y, mientras viajaban, empezó a hacerle la visita guiada:

—Juan, nos dirigimos al Parque Nacional Lanín, que se llama así por el volcán Lanín, al que todos en la zona llaman cerro. La palabra “lanín” es mapuche y significa hendiduras o grietas. Tiene una altura de 3.700 metros. La última actividad registrada fue en 1892 y actualmente la boca del volcán se haya cubierta por un glaciar. Cuando lleguemos, nos estará esperando don Martín, un baquiano* del lugar, muy respetado por todos porque, además de conocer esta zona como ningún otro, es descendiente directo de los huilliches, un pueblo que habitaba este lugar. Él va a traer unos caballos para hacer un paseo de unas horas y también nos va a guiar.

Cuando llegaron, vieron los tres caballos atados a un poste ya ensillados y a don Martín tomando mate, sentado en un banquito. Federico y Juan se acercaron para saludarlo:

—Buen día, don Martín, acá le presento a Juan, el hermano de Teresa.

El viejo lo miró, le hizo un gesto invitándolo a sentarse cerca de él y le dijo:

—Así que querés ir al Lanín...

Bueno, entonces te quiero decir que es un lindo cerro, po. En el Lanín dicen que hay otro mundo. Así decían antes. Los paisanos de hoy también lo decimos.*

Ese cerro echa humo. Se ve el humo alto, alto. Y truena harto. Eso es porque va a venir temporal de agua y nieve. Y siempre cuando truena hay mucha nevada. Y hay nieve volada y mueren los animales en el campo. Muchos mueren por el temporal, de frío y de hambre.

Cuando tiene humo el Lanín, va a haber temblores de tierra. Cuando el Lanín se enoja con alguna persona, nos castiga a todos.

Juan quedó impresionado con lo que dijo el baquiano y quiso saber más, pero, en ese momento, don Martín se levantó y los invitó a subir a los caballos. Así empezó la excursión por el cerro. El lugar era tan bello para Juan que se quedó un largo rato contemplando las alturas, las caídas a pique de las laderas y las sombras de las nubes sobre el paisaje.

El ascenso siguió hasta un punto panorámico, desde donde se podían ver hasta las montañas más lejanas y los campos de pastoreo. En ese lugar organizaron el almuerzo que Federico había llevado. Al finalizar, se fueron a recorrer la zona a pie, y le mostraron a Juan cuáles eran los árboles más comunes del lugar y qué animales vivían en el cerro. Después fueron bajando despacito porque ya empezaba a atardecer.

Al regreso, los tres desensillaron los caballos, los llevaron al bebedero para que calmaran la sed y don Martín se volvió a sentar en el mismo lugar que antes. Como despedida, los invitó a tomar unos mates más. Entonces Juan aprovechó para aclarar una duda que le había aparecido cuando el baquiano describió el volcán.

—Don Martín, le quería preguntar por qué se enoja el Lanín.

—Mirá, esta es una historia que solían contarnos nuestros abuelos para que todos entendamos por qué el Lanín hace lo que hace. Pasó antes de que llegaran los huincas, y yo te la voy a contar:

Acá vivían los huilliches, eran grandes cazadores y solían perseguir huemules por esta zona. Un día estaban en plena cacería y, sin darse cuenta, empezaron a subir por las laderas del cerro y perdieron el rastro. Al rato, uno de los cazadores vio un huemul tomando agua en una pequeña cascada:

—¡Allá están, vengan todos! —gritó uno de los cazadores. El resto de la partida lo rodeó y comenzó una persecución hasta que le dieron alcance y lo mataron, sin darse cuenta de que estaban demasiado cerca de los dominios del Pillán.

Aprovechando que don Martín se había puesto a tomar un mate, Juan le preguntó:

—Don Martín, disculpe, ¿qué es el Pillán?

—No, no es “qué”, es “quién”, o “quiénes”. El Pillán o los Pillanes son los espíritus protectores de la naturaleza. Habitan en los montes, en los cerros; a veces son nuestros antepasados que vienen a protegernos y se enojan y nos castigan cuando los ofendemos, y entonces llueve, hay tormentas con granizo, nieve y aúlla el viento.

—¿Y cómo hacen para calmarlos?

—Les hacemos ofrendas, les damos comida, vestidos, joyas, algo que sea valioso para nosotros.

Entonces, Juan le pidió que siguiera con la historia.



El Pillán los vio y se enfureció, la tierra comenzó a hervir, olas de lava corrían entre las rocas y el humo ennegueció al grupo. La voz del Pillán sobresalía entre los estruendos del cerro: “¿Quién está en mi montaña? ¿Quién mató a uno de los míos? ¿Quién se atreve a enfrentarme?”.

Los cazadores huyeron desesperados por lo que escucharon y llegaron a su aldea; allí contaron lo que pasó, y la machi, la mujer santa del grupo, dijo:

—Solo una cosa tranquilizará al Pillán: el sacrificio de una joven, la mejor entre todas, Huilefún, la hija menor del lonko, nuestro jefe.

—Debe haber otra manera de calmarlo —suplicó la madre de la chica, pero como respuesta la machi se quedó callada.

Huanquimil, así se llamaba el jefe, no lloró, ni gritó, solo dijo que él llevaría a su hija a la cima del volcán; era un gran jefe y no podía mostrar su dolor.

—No, tiene que acompañarla el cazador más joven y valiente —dijo la machi.

—Entonces, que vaya Quechuán —respondió el jefe.

Los dos muchachos fueron hacia el monte y, al llegar al borde del cráter, los envolvió un viento huracanado y su silbido inaguantable, las cenizas no los dejaban respirar ni ver.

Entonces, desde el cielo, bajó una enorme sombra que se tiró sobre Huilefún. Era un cóndor gigantesco. Quechuán sacó su cuchillo y lo clavó en el pecho del pájaro, pero eso no lo paró; la muchacha fue tirada dentro del cerro por sus garras y también se cayó el cóndor herido de muerte.

El cielo se oscureció y una gran nevada cubrió las tierras y el interior del cráter.

Durante días, solo se vio nieve, y el hielo, que hasta hoy dura allí, tapó el gran agujero... El muchacho bajó del monte varios días después, triste por no haber podido salvar a la muchacha, aunque el sacrificio había calmado al Pillán y desde entonces no volvió a estallar.

Federico y Juan se despidieron de don Martín, que empezó a apagar el fuegoito donde calentaba la pava para el mate.

Los dos se subieron al jeep. El chico miró el cerro por la luneta trasera, y entonces le pareció ver la silueta de un cóndor que volaba hacia el sol con una chica montada sobre su lomo... Quizás ninguno de los dos había muerto ese día, quizás vuelan eternamente sobre el cerro bajo la mirada del Pillán.

Al rato de viajar en el jeep hacia Junín, Juan le dijo a Fede:

—La historia de don Martín me hizo acordar a los cuentos que me contaban cuando era chico.

—En realidad, para don Martín y sus parientes, los descendientes de los huilliches, esa historia es verdadera. Más allá de la princesa, para ellos respetar al Pillán del cerro es vital, y mirar los cambios meteorológicos alrededor del cerro les permite saber qué pasará con el clima, las nevadas, el crecimiento de las pasturas... y aciertan más que el servicio meteorológico.

Federico estuvo manejando en silencio y después siguió comentando:

—Todos los cerros importantes tienen una historia; incluso a veces los grandes peñascos también están cargados de significados que solo saben los lugareños y que cuesta que compartan con personas extrañas. Mirá, me estoy acordando de una que me contaron hace un tiempo, cuando, como guardaparque, hacía largos viajes a caballo por la cordillera para conocer mejor los senderos y caminos, además de aclimatarme con la gente y los pequeños puestos perdidos por el campo. Dice más o menos así:

La Piedra Santa o Piedra del Indio está en uno de los caminos que va a Chile, en la cordillera. Justo está en una encrucijada, entre tres caminos: uno va a Copahue, el otro a Copulhue y el otro a Moncol, y en el medio está la piedra.

Yo vi, al ir para Chile acompañando arreos de hacienda, la piedra que todos llaman La Piedra del Indio y los paisanos, a veces, La Piedra Santa.

Siempre había en la piedra de todo: pan, monedas, clavos, herraduras; hay frutas, hay ciruelas, hay peras, hay de todo. Esas cosas las ponen los paisanos para que la piedra no se enoje y los ayude.

Cuando llegamos, también nosotros le mostramos respeto a la piedra y alguna cosita le dejamos, hay que cumplir con la piedra.

Cuentan muchos casos de viajeros o de arrieros que no han hecho caso y se han perdido en la cordillera. Porque, desde la antigüedad, los paisanos saben que esa piedra tiene poder y ya todos los viajeros siguen la misma creencia.

Los arrieros cuentan muchos casos de gente que se perdió y recomiendan a los amigos y a los compañeros que pasan la cordillera que cumplan, para que no les vaya mal en el viaje.

Y ese viaje de la cordillera es muy peligroso, y en la actualidad, son contados ya los que lo quieren hacer porque uno se juega la vida.

Al venir para la Argentina, hay que dar tres vueltas redondas a la derecha de la piedra, y en la última, se tira lo que se va a dejar, cualquier cosita. Y ya seguís viaje. Y si vas de aquí para Chile, hay que hacer lo mismo, dando las vueltas siempre a la derecha, rodeando la piedra. La piedra es alta, de a caballo está casi justito para llegar a la parte más alta.

Los arrieros dicen, yo también lo he visto, que cuando uno cumple, ya sigue tranquilo y tiene más coraje para verse con los vientos, el frío y la nieve de la cordillera.

Claro, los paisanos le tienen más respeto que nosotros, porque desde la antigüedad, algunos aseguran hace miles de años, ellos tienen esa historia de La Piedra Santa, que está justito en el cruce de esos caminos, que también dicen que son muy viejos.

—¿Es cierto que vos hiciste todo eso en esos viajes por la cordillera? —preguntó Juan.

—Por supuesto, cada una de esas historias y creencias tiene una base de verdad que hay que respetar para andar por esos lugares, y hay otras historias mucho más extrañas, y hay una en particular que me encanta... ¿Querés que te la cuente?

—¡Dale!

—Primero te aclaro algo: yo anduve al comienzo de mi carrera como guardaparque en San Luis y había un hombre muy recordado por las historias que narraba. Yo no lo conocí a don Ibáñez; así era el nombre del narrador y uno de los pobladores más viejos del pueblo de Ayacucho. Cuando hablaban de él, decían que estaba ciego, y esta historia que te voy a contar, la gente afirmaba que venía de su época, de muchos años.

—¿Un narrador ciego? En la escuela nos hablaron de Homero, el autor de *La Odisea*, que también era ciego y se dedicaba a juntar y escribir historias del pasado de los griegos; así escribió *La Ilíada* y *La Odisea*. Con ese antecedente, esta historia va a ser formidable, ahora tengo más ganas de conocerla...

Bueno, don Ibáñez decía esto sobre un cerro que estaba cerquita del pueblo, el cerro El Morro. Él contaba que decían todos que en la laguna que tiene arriba, el cerro, salía la madre del agua. Me contaron muchos que la habían visto. Esa laguna está en la cima del cerro y la rodea un campo con muy buena pastura.

Claro, muchos van con la hacienda a ese lugar y así es como la han visto muchos jóvenes del lugar a la madre del agua. Siempre se les aparecía a ellos, claro, porque es a los que ella quiere cautivar. Casi siempre a la hora de la siesta la han visto.

Todos dicen que es rubia, con el pelo como barba de choclo, y que aparece peinándose con un peine de oro. Dicen que tiene pelo larguísimo, que casi la tapa como un rebozo, un manto, porque está desnuda y es blanquísima. Dicen que casi siempre se sienta en un peñasco y, como sale cuando está fuerte el sol, brilla como si fuera una vislumbre de oro.

También han visto los campeadores a un toro negro de aspas de oro, que sale siempre de la laguna. Dicen que hasta el presente sale. Casi siempre se junta con la hacienda y trata de llevar algunos animales para la laguna, causando pérdidas a los campesinos.

Entonces, dicen que un mocito corajudo lo enlazó una vez. Y ojalá no lo hubiera hecho, porque el toro lo arrastró para la laguna y, cuando ya estaba llegando a la orilla y ya lo iba a meter en el agua para siempre, el muchacho no perdió el tino y sacó el cuchillo y cortó el lazo. Y ahí se salvó, claro. Así que, para los del lugar, no es nada bueno lo que hay en la laguna. Para ellos, es como que hay otro mundo. Todos creen que hay un pueblo ahí. Claro, por lo que se ve.

Y también todos dicen que el cerro desconoce a la gente que no es del lugar. Eso lo vio el propio don Ibáñez: una vez quiso subir un gringo, cuando él andaba por ahí, se descompuso el tiempo y llovió como tres días seguidos, y el gringo jamás pudo subir al cerro.

A los criollos casi nunca los desconoce. Eso sí, a los de mala onda o de malas intenciones, aunque sean criollos, los desconoce lo mismo, y entonces se enoja. Cuando el cerro se enoja, brama y se descompone el tiempo. Los bramidos del cerro se oyen de muy lejos. Yo los he oído a diez leguas de distancia, en una ocasión. Los gauchos ladrones, o salteadores, como se los llama por ahí, le tenían miedo.

Incluso contaba que cuando las indiadas venían con los malones a matar y a robar mujeres, niños, hacienda y todo lo que podían arrear, el cerro bramaba. Don Ibáñez decía que en la pampa se veía, de arriba del cerro, la nube de tierra, como un humito, cuando avanzaban los ranqueles.

Se veía, claro, muy lejos. Ahí bramaba el cerro y, con ese anuncio, los habitantes de El Morro juntaban los animales que podían y subían al cerro. Dice que cuando lo oían bramar, decían:

—Parece que está bramando El Morro. Hay que ver si desconoce o si viene el malón.

Los baquianos subían y, si divisaban el polvo de la indiada, en la pampa, allá, lejos, pasaban la voz con un chasque*, y ahí se juntaban para salvarse. Los caballos de los ranqueles eran baguales y estaban acostumbrados a la pampa nomás, y no podían subir las sierras, se despeñaban y se caían. Por eso, las sierras eran la salvación de los cristianos en aquellos tiempos de los ranqueles.



El jeep pisó un gran charco y entró agua por las ventanillas. Todo empujado, Juan se acordó de que quería hacerle una pregunta a Fede:

—Me quedé colgado con algo que dijiste: ¿quién es la madre del agua?

—Ahhhh... Eso es muy interesante. En todas las quebradas y las pequeñas hondonadas en los cerros y las montañas, donde se junta el agua de los deshielos y de la lluvia, se considera que habita la madre del agua. Es la que protege el agua y llama a la lluvia y, como sucede siempre, los hombres y las mujeres deben mostrarle su respeto, y también el respeto a lo que protege.

Juan quedó asombrado y, con ese asombro, se bajó en la casa de su hermana. Después de despedirse y agradecerle a Federico la excursión y los relatos, le mandó un mensaje de WhatsApp a Flor para recordarle su encuentro en Buenos Aires y adelantarle que tenía unas historias para compartir con ella y sus amigos.

Los siguientes días los pasó disfrutando de su hermana y su familia y pensando cada vez más en Buenos Aires. Finalmente, partió entre los abrazos de todos y, después de dieciocho horas de micro, Retiro le abrió las puertas de la ciudad.

El camino del cielo y las mujeres celestiales

A l día siguiente de su llegada, Juan llamó a Flor para reencontrarse y contarse lo que habían vivido en esos quince días, y su amiga lo invitó a una salida muy particular:

—¿Qué te parece si nos encontramos en el Planetario esta noche? Voy con unos amigos a ver el documental del cielo nocturno. ¿Venís?

—Dale, nos encontramos en la puerta.

Esa noche entraron al Planetario a ver la función, eran un grupo de siete chicos y chicas. Escucharon explicaciones sobre las constelaciones, la Vía Láctea y el universo nocturno, y también vieron imágenes fantásticas. Luego fueron a la orilla del lago que queda muy cerca, se tiraron en el pasto y se pusieron a mirar las estrellas buscando lo que acababan de ver.

—No sé qué opinan, pero me parece que hay menos estrellas de las que mostraron recién —comentó Daniel, un vecino de Flor.

—Eso me lo explicaron: en las grandes ciudades, hay tanta luz de noche que empaña las luces de las estrellas, salvo las más potentes, y por eso parece que hay menos —dijo Javier, que siempre quería mostrar sus conocimientos.

—Y pensar que hace tres noches estaba así, tirado, a la orilla de un lago, mirando el cielo de noche y con miles de estrellas a mi disposición... —les contó Juan.

—A mí me pasó algo parecido, aunque fue a orillas del Paraná, mientras estaba en un fogón con mi prima Isabel, donde había guitarreros y todos cantaban chamamés. Aprendí uno, ¿quieren que lo cante?



A todos les causó mucha gracia la propuesta y, entre risas y gritos de sapucay, Flor empezó a cantar:

Rumbo a la cosecha cosechero yo seré
Y entre copos blancos mi esperanza cantaré
Con manos curtidas dejaré en el algodón
Mi corazón.

La tierra del Chaco quebrachera y montaraz
Prenderá en mi sangre con un ronco sapucay,
Y será en el sur con mi sombrero bajo el sol
Faro de luz...

—Es más larga, pero yo aprendí hasta ahí. Mi prima me explicó que la cantan en Corrientes porque la gente de esa provincia se va al Chaco a trabajar en la cosecha del algodón.

Todos aplaudieron y nuevamente gritaron en honor a Flor.

—También esa noche me explicaron cómo se originaron las estrellas y la luna, y quedé con un montón de dudas, aunque lo que me contaron me encantó. Por eso les pedí venir al Planetario, y siento que lo que vimos y nos explicaron recién es muy científico y serio, pero lo que escuché esa noche es mucho más romántico. Si tienen ganas, les cuento lo que me acuerdo:

Resulta que, en las orillas del río Paraná, del Uruguay y de otros ríos grandes de la zona, explican que las estrellas fueron mujeres decepcionadas o desdeñadas por cuestiones amorosas, que decidieron huir al cielo, como para no ver a nadie.

—Son muchas estrellas, se nota que en ese tiempo había muchos engaños amorosos —comentó Javier, que le gustaba interrumpir cuando alguien hablaba.

—Pará que siga contando y ahí te queda claro:

Bueno, las mujeres se paseaban por el cielo con unas túnicas blancas hasta los pies que brillaban muchísimo y unas coronas que también brillaban. Entonces, el Hombre Luna Llena, que vivía en la Tierra, empezó a seducirlas para que bajaran de nuevo... Después de un tiempo, las mujeres, que para esto ya eran mujeres estrellas, fueron bajando y, como era muy lindo, todas se enamoraban y se peleaban por su amor. Cuando bajaban, quedaban embarazadas y volvían al cielo a tener a sus hijos y sus hijas. Poco a poco, en el cielo, habitaban más estrellas. Al final, el Hombre Luna Llena decidió irse a vivir al cielo para iluminar la Tierra cuando fuera de noche.

—No sé si es romántico, pero seguro que es algo nuevo para mí, nunca había escuchado algo así. Me encantaría saber más de lo que piensan en otros lugares del país sobre qué pasa en el cielo —remató Daniel.

Se produjo un largo silencio, que los chicos aprovecharon para seguir mirando el cielo nocturno, hasta que Camila, una compañera de la escuela que recién se había mudado a Buenos Aires, con una voz chiquita como para no romper el encanto de la oscuridad, les dijo:

—No sé si saben que yo vengo de Jujuy; mi familia vive allí desde siempre y mis papás se vinieron a Buenos Aires por trabajo, pero todos estamos deseando volver. En mi casa y en la de mis parientes, siempre se cuentan las historias de nuestros abuelos... así llamamos a nuestros antepasados, y sí, hay un montón de relatos sobre el cielo. Si quieren les cuento las más importantes, pero me tienen que me prometer que no se van a reír ni se van a burlar.

—Este veraneo estuvo lleno de historias impresionantes, y si algo aprendimos Flor y yo es a valorar y a prestar mucha atención a cada una de las narraciones que nos regalan. ¿No es cierto, Flor? —le dijo Juan, muy seguro.

—Sí, nunca había escuchado tantos relatos que fueran divertidos y al mismo tiempo profundos y verdaderos para los que los contaban, al menos así me pareció.

El resto del grupo siguió en silencio, lo que Camila tomó como una manera de darle el espacio para narrar, por lo cual empezó a contar con una voz más fuerte y segura:

En la Puna cuentan que la Vía Láctea es el camino de la Virgen. Dicen que ha quedado marcado así porque por ahí fue por donde la Virgen huía con el Niño y San José en su burrito. Dejaron marcado el camino y eso quedó ya para siempre.

En la luna están como en una stampa la Virgen con el Niño Dios. Es como una imagen que refleja cuando huían a Egipto para que no le mataran al Niño, la Virgen iba en ese burrito que ahora está en la luna. Algunos dicen que también va San José.

Dicen que el cielo es como un relicario, que Nuestro Señor ha hecho para que tengamos a la vista y podamos ver las cosas que él ha puesto como una bendición.

El río Jordán lo cruza al cielo. Que es el río en donde San Juan lo bautizó al Señor. A veces el río está crecido y otras veces se ve que lleva poquita agua.

Las Tres Marías van caminando para Jerusalén a buscarlo a Jesús. Son María Santísima, María Magdalena y María la hermana de Lázaro, que Jesús resucitó.

Están también las otras tres estrellitas juntas, son las tres Chepas. Esas son tres mujeres humildes que la acompañaron a la Virgen en el camino del Calvario y ya nadie se acuerda de ellas.

El Lucero, la estrella del alba, es la misma estrella que guio a los Reyes Magos cuando fueron a ver al Niño en Belén.

Las Cabrillas son los doce Apóstoles, pero no se ven todos, porque unos están detrás de los otros. También está la Campana, la campana de la iglesia que es la casa de Dios y los llama a su presencia.

Entonces, en la luna llena está la Virgen María con el Niño en los brazos y San José al lado. Y ella va en su burrito.

Mis abuelos y mis padres nos hacen ver a los nenes, en la luna, a los tres que iban caminando, a la Familia Santa.

Y también nos hacen ver un río. Nos dicen:

—Aquel es el río que se pasa cuando se muere.

Y cuando nos muestran las constelaciones, nos dicen:

—Allá está el suri, que es el avestruz.

Se alcanza a ver claro el suri, el ñandú, en el río. Es una sombra negra, y el suri está así de cuello blanco, el pico, todo. Según el tiempo y la estación del año, se pone claro. A veces no se alcanzan a ver las patas ni la cola del suri.

En las noches más largas, y en algunos momentos al atardecer, en ese momento del día, dicen que se puede ver a un pichón de ñandú, como si fuera un jarito, así llaman al pichón del suri.

También se ve la Cruz del Sur, y el Lucero Mayor y las Tres Marías, y también las Cabrillas. Cuando aparecen estas, es el tiempo para que las cabritas tengan crías.

Les dicen las Cabrillas, porque forman una cuadrilla, un montoncito.

Dicen que el río crecido es el que tenemos que pasar cuando morimos. Me contaban que tenemos que pasar ese río cuando uno se muere.

Además, hay tres ríos más, que hay que pasar. El río colorado que es la sangre de los hijos muertos, el río blanco que es la leche de las madres que dan para los hijos y el río más claro que es el de las lágrimas de las madres que lloran por los hijos.

Mientras hablaba, Camila iba señalando en el cielo algunas de las constelaciones y las estrellas que iba nombrando. Luego, concluyó:

—Así contaban antes las cosas del cielo y las siguen contando... Claro, acá en Buenos Aires no se ven todas las estrellas que nombré, pero podemos hacer un viajecito a Jujuy y se las muestro.

De esta manera, terminó Camila la explicación que le habían dado durante muchas noches, en el patio de su casa y en el de su abuela, y en otros patios de otros parientes.



Se produjo un largo silencio, mientras todos miraban el cielo tratando de encontrar en la luna llena a la Virgen o al ñandú en los Cúmulos de Magallanes —¿o eran nubes?— que recién les habían mostrado en el Planetario. ¿O era la Nebulosa de Andrómeda la que veían en el cielo?

—¿Alguien tiene hambre? —dijo Camila—. Hace un rato largo que salimos de casa y estamos caminando y paseando, me parece que es un buen momento para comer algo.

Todos se miraron; la sugerencia de Camila estaba bien hecha porque, en realidad, tenían hambre. Se levantaron del pasto, se sacudieron la ropa y empezaron a dirigirse hacia la avenida Santa Fe.

—Es raro volver como si nada a las luces, los autos, el ruido... Me parece que las historias que escuchamos y lo que vimos en el Planetario eran en otro lado...

—Sí, estaría bueno seguir escuchando más, pero ¿quién sabe cuentos como los de esta noche?

Flor y Juan se miraron, sonrieron y casi al unísono dijeron:

—¡Nosotros!

Glosario

Ande: adverbio, sinónimo de donde, adonde.

Baquiano (también baqueano): persona que habita una región y que conoce en profundidad su topografía, los caminos y senderos que la cruzan, además de su fauna y su flora.

Chasque (también chasqui): correo, jinete que comunicaba noticias entre dos grupos o dos poblados.

Googlear (también guglear): neologismo, buscar en la web usando el motor de Google. No está aceptado por la Real Academia Española.

Horras: hembras estériles, que no pueden tener crías.

Naidés: sinónimo de nadie, ninguno.

Po: forma abreviada de la palabra “pues”, usada tanto en España como en ciertas regiones de Latinoamérica, como en Chile y la Argentina. Se usa como interjección.

Recao: montura típica de la Argentina, cuyos elementos característicos son los bastones y los cueros de ovejas.

Señalada: en el Río de la Plata, acción de señalar el ganado, especialmente el ovino, con un corte en la oreja del animal.

Narradores

El material incluido en esta obra, como ya se aclaró, es de origen oral. A continuación, se aclaran los nombres de los narradores de cada leyenda, su lugar de origen y el año en el que fue realizada la recopilación.

La Pachamama: Hipólito Navarro, 35 años. Carayoc, Santa Catalina. Jujuy. 1958. Pastor colla, analfabeto, nacido en el lugar. Tomo VIII.

El cazador de guanacos: Perfecto Bazán, 49 años. Belén. Catamarca. 1968. La Pachamama es la tierra y no se la personifica. Curiosamente, la fantasía del relato la hace figurar como una mujer. Tomo VIII.

El runauturunco o el tigre gente: Justo F. Segara, 54 años. Amaicha del Valle, Tafí. Tucumán. 1951. El narrador, nativo del lugar, es semiculto. Tomo VIII.

El ucumar: Argentina C. de Abdo. La Punilla, Anta. Salta. 1952. La narradora es maestra de escuela. Tomo VIII.

El origen del cardón: Esteban Sajama, 29 años. Tilcara. Jujuy. 1929. El narrador es nativo de la región. Tomo VII.

El tesoro del Pucará de Tilcara: Alfredo Rivero, 14 años. Pucará de Tilcara. Jujuy. 1959. El narrador ha hecho toda la escuela primaria. Es hijo de uno de los cuidadores del Pucará de Tilcara, que pertenece a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es un buen tocador de quena y muy buen narrador. Tomo VII.

Cerro Lanín: Martín Cayuleí, 55 años. El Salitral, Catán-Lil. Neuquén. 1939. El narrador es araucano, de la familia del cacique Casimiro Cayulef, que vive en el lugar. Tomo VII.

La Piedra del Indio: Juana de Rivero, 52 años. Chamical, Gobernador Gordillo. La Rioja. 1950. La narradora es nativa del lugar y semiculta. Tomo VII.

El cerro El Morro: Francisco Ibáñez, 90 años. Quines, Ayacucho. San Luis. 1931. El narrador es uno de los pobladores más viejos del lugar. Está ciego en la actualidad. Todos lo llaman “el dijunto Ibáñez”, porque en una oportunidad en que la policía lo llevaba preso junto con otros cuatrerros, en un lugar del camino los fusilaron. Todos cayeron, pero Ibáñez reaccionó al cabo de unas horas y huyó a las sierras, en donde curó las heridas y, después de un tiempo, regresó al pueblo con el consiguiente asombro de la gente, pues todos lo creían difunto. Por ello le quedó este sobrenombre. Tomo VII.

La Vía Láctea: Wenceslada Urquiza, más de 78 años. Piedra Blanca, Junín. San Luis. 1952. Excelente narradora. Campesina rústica. Tomo VII.

El cielo: Guillermina Abro de Méndez, 70 años. Tilcara. Jujuy. 1948. La narradora, semiculta, es nativa de la región. Tomo VII.

La luna llena, las estrellas y los ríos del cielo: Josefa Lamas de Mamaní, 63 años. Abra Pampa. Jujuy. 1968. Tomo VII.

Bibliografía

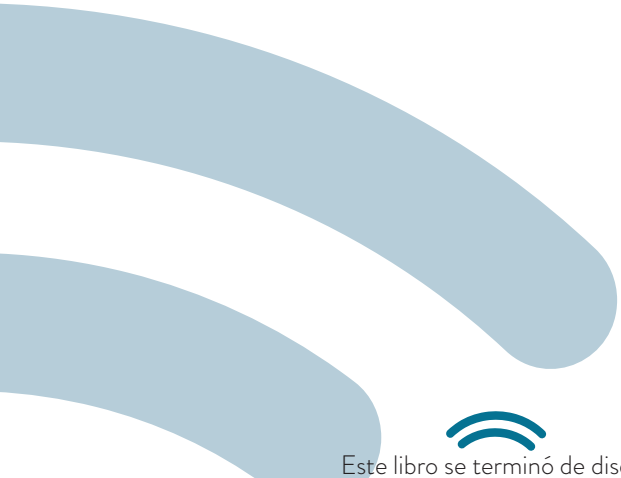
Ayala, Ramón. “El cosechero”. Fuente: Musixmatch.

Colombres, Adolfo. “Las mujeres celestiales”, en *Imaginario del Paraíso*. Buenos Aires, Colihue, 2012.

Soda Stereo. “Cuando pase el temblor”, en *Nada personal*. Sony Music, 1985.

Vidal de Battini, Berta Elena. *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*. Tomo VII. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Secretaría de Cultura, Ministerio de Educación y Justicia, 1976.

—, *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*. Tomo VIII. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Secretaría de Cultura, Ministerio de Educación y Justicia, 1976.



Este libro se terminó de diseñar
y se publicó en el mes de octubre
del año 2019.

Viajar y contar

Mitos y leyendas populares